



### Conversacion LXV

SOBRE LA FELICIDAD DE LA PRIMERA COMUNIÓN

Beata. Pues has comulgado ya por primera vez, dínos la verdad: ¿has quedado tan satisfecha como te lo habías prometido?

Blandina. ¡Cómo pudiera menos de estarlo, habiendo conseguido una honra tan grande!

Brígida. Responder de ese modo, es dar á entender que sabes lo que es comulgar.

Blandina. Es, os lo confieso, la cosa mas deliciosa que puede hallarse en este mundo.

Beata. ¡Qué gozosa estoy al ver, que hayas gustado así de Jesucristo.

Blandina. Bien insensible era necesario ser, para no gustar de un Dios tan lleno de dulzura.

Brígida. El que una vez ha llegado á gustar de veras de este Dios de amor, no tiene ya corazón para gustar de cosa alguna sobre la tierra.

Blandina. Tienes sobrada razón; porque lo que este Señor hace sentir en el corazón, es superior á todo sentimiento.

Beata ¡Cuánto gusto me da el oírte hablar de esa manera!

Blandina. Sí; yo estoy tan contenta, que se me figura no cabe otro gozo mayor que el mío, como no sea el de los Bienaventurados en el Cielo.

Brígida. Pues ea; saboreate bien con este gozo; y que todo se convierta en vigor y fortaleza para las ocasiones en que lo hubieres menester.

Blandina. Ese es todo mi designio; porque yo no hago aprecio de los gustos de piedad que se encaminan á debilitar el alma, en lugar de fortalecerla.

Beata. Ninguna precaución estará de mas contra un lazo como este.

Blandina. Como he oído muchas veces hablar de él, estoy enteramente resuelta á no dejarme cojer nunca.

Brígida. Muy cuerda serás en hacerlo así.

Blandina. A eso estoy absolutamente determinada; porque solo pienso en procurar ser virtuosa, y nada mas: creo, que ya me entendéis.

Beata. Tus resoluciones no pueden ser mas prudentes ni mas racionales. Dínos ahora, si gustas; ¿qué acogimiento te ha hecho á tí Jesucristo; y que acogida le has hecho tú á este Señor?

Blandina. ¡Ay de mí! Mucha dificultad me costará explicároslo; porque tan poseída me sentí de admiración y de gozo, que no puedo expresar lo que Jesucristo me dijo, ni lo que yo dije á Jesucristo.

Brígida. ¿Tan grande cómo todo eso, fué tu admiración y tu gozo?

Blandina. Sí; tan grande, que no puedo explicarlo.

Beata. Ya veo yo, que es menester que vuelvas á comulgar, para que puedas decirnos algo de esto.

Blandina. No deseo yo otra cosa; ni omitiré diligencia alguna, para lograr cuanto antes esta dicha.

Brígida. Y ¿cómo te compondrás tú, para conversar con un Dios tan grande?

Blandina. Me retiraré sola con su Magestad dentro de mi corazón ó del suyo; y allí gustaré tranquilamente de todo lo que este buen Dios dijere á mi alma.

Beata. ¿Acáso Jesucristo habla á nuestra alma?

Blandina. Sí; y de un modo muy claro y perceptible.

Brígida. ¿Cómo es eso? Dí.

Blandina. Es un modo de hablar muy breve y muy conciso; pero mucho mas eficaz, que el nuestro.

Beata. Pues explicáenosle prontamente.

Blandina. Preciso será ceder á vuestras instancias. Pues ejecuta esto Jesucristo por medio de unos pensamientos que imprime en nuestro espíritu, y por medio de unos sentimientos con que penetra y mueve el corazón.

Brígida. Razón tenías para decir, que este modo de hablar es mucho mas breve y eficaz, que el que nosotros usamos.

Blandina. Lo es en efecto: y ese es también el que usan los Angeles y los Bienaventurados en el Cielo.

Beata. Pero ¿podrás retener bien en la memoria todo lo que Dios te dijere?

Blandina. Yo procuraré escucharle con la mayor atención, sin perder ni una palabra.

Brígida. ¿Y podrás luego hacernos participantes de lo que este Señor te diga?

Blandina. Sí; siempre que sean cosas que puedan comunicarse.

Beata. Pero ¿tú no has de hacer mas que escuchar á este Divino Salvador?

Blandina. Eso no: también me tomaré á veces la libertad de preguntarle.

Brígida. ¡Ah! Y ¿qué le dirás?

Blandina. Todo cuanto su amor me inspirase.

Beata. ¿Y solamente le has de hablar de tí, y de tus necesidades?

Blandina. Le hablaré de todo cuanto hay, según me lo fuere sugiriendo su divino espíritu.

Brígida. Pero ¿nunca temerás excederte, y serle importuna?

Blandina. No; porque yo sé que el Señor gusta de que se le hable con sencillez y confianza.

Beata. Demasiado tiempo necesita emplear en eso

Blandina. Es que si el tiempo destinado para la acción de gracias, no alcanzare; me tomaré algunos otros ratos en el decurso del día.

Brígida. Con decirme tú lo que has de hacer, me enseñas lo que yo debo practicar; y ese es el ánimo que tengo,

Blandina. No necesitabas tú oirme, para saber lo que debe hacerse, y como te has de portar en semejantes ocasiones.

Beata. Perdona te diga, que todo eso que nos has referido, instruye y agrada en gran manera.

Blandina. ¡Bueno está por cierto! Cuando antes bien esperaba yo recibir de vosotras las luces que necesito, que pensar en dáros las á vosotras.

Brígida. Permíteme te pida el favor de que volvamos á tratar de este asunto, porque me gusta en extremo.

Blandina. Eso será siempre y cuando gustáreis; pues inmediatamente que me aviséis, acudiré sin falta alguna á complaceros.



## CONVERSACION LXVI

### SOBRE LA FRECUENCIA DE SACRAMENTOS

Erminia. Venimos á pedirte algunos consejos, para cuando llegue el tiempo de que no estemos ya en esta casa.

Faustina. Y ¿sobre qué, decidme deseáis que yo os de consejos?

Anisa. Sobre lo tocante al uso de los sacramentos.

Faustina. Os diré en pocas palabras, que no tenéis que hacer, cuando ya no estéis aquí, sino lo mismo que hacéis, estando ahora.

Erminia. Nos daríamos por muy contentas de poder practicarlo así.

Faustina. Pues decid por vuestra vida; ¿qué es lo que podrá inpediroslo?

Anisa. El mundo y sus diferentes embarazos.

Faustina. ¿Y habéis de ser tan débiles, que temáis los discursos ó hablillas del mundo?

Erminia. Bien sabemos que esto sería una debilidad grande.

Faustina. Creedme: dejad que diga el mundo cuanto quisiere; y haced siempre lo que sea de vuestra obligación.

Anisa. Pero á veces, con la mejor voluntad, se ve una atajada por los varios obstáculos, que son tan frecuentes en el mundo.

Faustina. Cabalmente estos impedimentos son los que mas necesaria nos hacen la frecuencia de Sacramentos; para que enmedio de tontos estorbos, nos conservemos en aquella santidad que requiere el Cristianismo.

Erminia. Ya sabemos, que son muy grandes los scorros que se encuentran en los sacramentos.

Faustina. El uso santo de ellos os llenará de gracia, de vigor y de luz; y os impedirá, que os dejéis oprimir del peso de estos embarazos.

Anisa. Asi lo comprendemos; y deseáramos tener arbitrio para ejecutar tus buenos consejos

Faustina. ¡Ah! Cualquiera que está íntimamente convencido de la virtud de los Sacramentos, tiene buen uidad de frecuentarlos.

Erminia. Nosotras bien sabemos, que es muy grande su virtud y eficacia.

Faustina. Por el sacramento de la penitencia conservaréis vuestra alma siempre exenta de la mancha del pecado.

Anisa. Estamos ya enteradas de que este Sacramento produce ese efecto en los que debidamente le reciben.

Faustina. Aquella pureza atraerá sobre vuestra alma al Espíritu-Santo; el cual, residiendo allí como en su Templo, derramará en ella mil luces, que os impedirán descaminaros.

Erminia. Esa es una bentaja muy considerable.

Faustina. Jesucristo hará tambien consistir sus delicias en habitar dentro de vuestro corazón; y allí os comunicará innumerables gracias.

Anisa. Maravillosamente nos anima lo que nos vas diciendo.

Faustina. De esta presencia de Dios en vuestra alma resultará, una paz, cuya dulzura sobrepuja todo pensamiento (1); una tranquilidad, que será como un continuo banquete (2); y un gozo que se difundirá hasta por todo vuestro exterior.

Erminia. Si este sacramento obra tantas maravillas; ¿qué será el de la Eucaristía, que es el Sacramento de los Sacramentos?

Faustina. Vuestra alma, alimentada y como engrasada con la carne y sangre del Cordero inmaculado, se verá llena de una fortaleza y de un ánimo capaz de resistir á todo.

1 Phili 4. 7.

2 Prov. 15. 15

Anisa. ¿Con qué después de esto no tendremos ya que temer cosa alguna de parte de nuestros enemigos?

Faustina. Por lo que mira á vosotras mismas, siempre tendréis que temer; mas con Jesucristo aventajas réis á todos vuestros enemigos en fortaleza.

Erminia. ¿Qué enemigos son estos?

Faustina. El demonio con todos sus ardides; el mundo con todos sus artificios; y la carne con todos sus atractivos.

Anisa. Y con la comunión se vencen todas estas cosas.

Faustina. Sí; nos hacemos terribles aun á los mismos demonios (1)

Erminia. Luego el haber tantas personas que cedan á los esfuerzos de todos estos enemigos; no será culpa sino de ellas mismas.

Faustina. Así es; porque siendo así, que todos los días reciben diferentes heridas, descuidándose en curárselas, llegan ha hacerse mortales; y siendo así tambien, que cada día se van debilitando mas y mas por su negligencia en fortificarse y cobrar vigor, se inhabilitan para el combate.

Anisa. Una conducta semejante no nos parece cristiana, ni racional.

Faustina. Ya se ve ¿qué juicio se pudiera hacer de un Soldado, que no tomase el sustento necesario, antes

1 Chrysost. homil. 61 Popul. ad Antioch.

de ir á pelear; ó que, herido en una refriega, fuese negligente en procurar, que le curasen las llagas? Esto mismo hacen los que son descuidados en el uso de los Sacramentos.

Erminia. Mas para sacar fruto de ellos, ¿no es preciso preperarse bien, de antemano?

Faustina. Tú dices muy bien en eso; porque los Sacramentos nunca se pueden recibir indiferentemente.

Anisa. Explicanos ¿qué es lo que entiendes por esta palabra *indiferentemente*?

Faustina. Lo que quiero decir es, que si los Sacramentos no aprovechan, seguramente dañan.

Erminia. Y ¿qué se ha de hacer para que esto no suceda así?

Faustina. Primeramente es necesario no recibirlos nunca por solo hábito ó costumbre.

Anisa. ¿Cuándo acontece el acercarse á recibirlos de esta manera?

Faustina. Cuando se va por la sola razón de ser aquel el día en que hay la costumbre de Comulgar; sin meditar atentamente, si se tienen ó no, las disposiciones que se requieren para hacerlo con utilidad y provecho.

Erminia. Y ¿qué mas hay que evitar?

Faustina. El llegarse á recibir los Sacramentos por respetos humanos.

Anisa. ¿Cuándo se llega de este segundo modo?

Faustina. Siempre que se hace por la mera razón de temerse, que el mundo repare que se deje de comulgar.

Ermina. ¿No pides algo mas, que lo hasta aquí indicado?

Faustina. Pido, además de lo dicho, que os acerquéis á recibir los Santos Sacramentos con las disposiciones necesarias para ejecutarlo dignamente.

Anisa. Gustaríamos mucho de hacerlo con toda individualidad.

Faustina. Como son dos los Sacramentos de que vamos tratando, y las disposiciones que ambos requieren, son diferentes; si os parece, hablaremos separadamente de uno y otro.

Ermina. Eso nos servirá todavía de mayor complacencia.

Faustina. Pues bien está; será cuando vosotras queráis: yo siempre estoy pronta.

Anisa. Te quedaremos por esta razón las mas obligadas: como que estas son unas instrucciones, que nos han de servir toda la vida.



## CONVERSACION LXVII

### SOBRE LA CONFESIÓN

Ermina. Ya veniamos á pedirte las instrucciones que nos ofreciste.

Faustina. De buena gana: ¿por dónde queréis que comencemos?

Anisa. Por la *confesión*, si fuere de tu agrado.

Faustina. Ante todas cosas, es necesario elegir un buen Confesor.

Ermina. ¿Qué prendas debe tener un Confesor, para que se le pueda reputar por bueno?

Faustina. Es menester, que no sea extremado en nada; y que á esto acompañen las demás cualidades que suelen desearse en un buen confesor (1)

1 Véase la Conversación LXIII. de este Tom. III.